

Siglo veintiuno de españa editores s.a

historia universal siglo xxi historia de la filosofía siglo xxi historia teoría y crítica lingüística antropología sociología política economía psicología etnología educación biología ciencia y técnica urbanismo y arquitectura ensayo crítica literaria cine teatro artes audiovisuales literatura latinoamericana

XI
novedades

KARL MARX

El Capital. Libro I. Capítulo VI (Inédito)

MICHAEL LOWY

La teoría de la revolución en el joven Marx

M. CASTELLS

Problemas de investigación en sociología urbana (2.ª edición)

QUINO

A mí no me grite

RONALD BARTHES

Crítica y verdad

LEON ROZITCHNER

Freud y los límites del individualismo burgués

CASETA N.º 21

EMILIO RUBÍN, 7
MADRID-33 ESPAÑA

Teléfono 200 09 78

ARTE • LETRAS • ESPEC

Miguel Servet o la sangre viajera

Cuando todo el mundo sabe algo de alguien, suele suceder que se ignora todo lo demás. Es exactamente lo que ocurre con «nuestro» famoso aragonés Miguel Servet. Descubrió la circulación de la sangre y fue mandado quemar vivo por Calvino: dos medias verdades para una imagen falaz. Pero está visto que las imágenes falaces son las más duraderas, al ocupar, precisamente por serlo, el hueco de las veraces, con frecuencia menos «verosímiles».

Vamos a esperar que en el caso de Servet, su mala suerte histórica se vea de alguna manera compensada por esta pulcra y rigurosa biografía de Roland H. Bainton, *Servet, el hereje perseguido* (1), que, en excelente traducción de Angel Alcalá, nos presenta la editorial Taurus. Porque, efectivamente, su suerte histórica no pudo ser peor. Se le ocurrió hablar de su descubrimiento científico en las páginas torrenciales de un libro de polémica teológica, con lo que los científicos tardaron años y años en enterarse, y los teólogos, por supuesto, no se enteraron siquiera, atentos como estaban al tumulto de otras palpitaciones. Se había cartado asperamente con Calvino, y tuvo la desafortunada idea de ir a escuchar un sermón en la catedral de Ginebra. Por lo que a España se refiere, tras de escapar por los pelos de la «benévola» solicitud de la Inquisición, que hizo lo posible por arrebatarle a Calvino la gloria de hacerle quemar, Servet vino a caer, andando el tiempo, bajo el juvenil entusiasmo inquisitorial de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Y estaba de Dios que tardaría en hacer-

sele justicia en su propia patria, porque no se puede hablar de tal cosa leyendo las páginas tan simpáticas como arbitrarias de don Gregorio Marañón, o la reciente y radicalmente desenfocada biografía de J. Barón Fernández. (Radicalmente desenfocada porque, como ha dicho en otro lugar el mismo traductor de la obra de Bainton, «para no tratar bien del Servet teólogo y reformador, es mejor no tratar de Servet», aunque ello se lleve a cabo en un estudio «por otros conceptos ejemplar». [Conferencia en «Revista de Occidente», agosto-septiembre de 1972]).

Al fin, gracias a esta edición española, es un inglés, aveciado en Yale, quien nos restituye al hirsuto compatriota. Nos le restituye, hemos dicho. Pero, ¿nos pertenece? ¿Es Miguel Servet nuestro? ¿No fue acaso uno de tantos «españoles fuera de España», como los que ha habido desde Vives hasta Santayana, no ya exiliados, sino ajenos al desenvolvimiento histórico y espiritual de su patria?

No es ciertamente en España donde hemos de situar a Miguel Servet. Pero tampoco fuera de ella, por más que sus años de formación transcurrieran, sobre todo, en Francia. ¿Dónde situar a un hombre a quien dos Inquisiciones, la española y la francesa, buscaron con encorno, y al que, por fin, una tercera, podemos decir, hizo arder? No en la Europa de la Reforma ni de la Contrarreforma, por tanto, ya que ambas coincidieron en su exclusión, sino en la tercera Europa de los Humanistas cristianos, la Europa cogida entre los fuegos de todas las intransigencias, la Europa imposible donde se refugiaban Erasmo o Vives moviéndose de un lado para otro a fin de no perder su propia identidad... ni su pellejo.

Es evidente, por otra parte, que si bien Servet debe su lugar en la Historia a su formidable

—y por él mismo pudiera decirse que inadvertido— descubrimiento científico de la llamada circulación menor o pulmonar de la sangre, no es eso lo que hoy primordialmente nos sugiera. Como tampoco —y esto quizá sea más grave— su radical condición de «homo religiosus» y apasionado polemista teológico. Para los hombres de hoy —esperemos que también para los españoles atentos al pulso del acontecer—, Miguel Servet representa la afirmación de la libertad intelectual, es el símbolo del sostenimiento del propio dolorido sentir hasta la muerte más atroz. Creemos ser fieles a la intención de Bainton al entender así el alcance de su bien lograda biografía.

Y en este sentido si que cabe sostener que se nos restituye a Servet. Se nos restituye como lo que perdimos, como lo que pudo ser nuestro, como parte de esa «otra cara de la España imperial» aludida en la vitola publicitaria de otro libro reciente, éste, de un español de hoy: «Los alumbrados», de Antonio Márquez (Taurus, 1972). La bien documentada y formulada obra del profesor Márquez, tras las huellas de Bataillon —precisándole, pero corroborándole—, reivindica por primera vez la fama de aquellos pobres españoles que osaron discutir la validez de una sociedad y una religión rigidamente establecidas. Vamos comprendiendo al fin de qué madera estaban hechos los leños que hicieron arder a tantos y tantos compatriotas que quisieron ser ellos mismos, diferentes, precisamente para que España no lo fuera.

Se nos ocurre una imagen tentadora: la de una España imperial y católica —este calificativo, por antifrasis— abriendo abstractamente sus rutas sobre una España natural, destruyendo su «ecología», ahuyentando sus posibilidades más vivaces,

comprometiendo ciegamente su propia supervivencia histórica, haciéndola irrespirable.

«Sanguis est peregrinus», había dicho alguien, y Servet descubrió que era verdad: la sangre es viajera. Lo era la suya en su «inquietum cor» de humanista con talante reformador y heterodoxo: porque pensaba de otra manera, que era la suya propia, resultado de sus lecturas alborotadas de Santos Padres y textos hebreos y bíblicos. Y tuvo que decirlo todo en latín, no sólo porque era el idioma internacional de aquel entonces, sino porque su áspero español de aragonés le había sido secuestrado en Zaragoza. Sólo le fue devuelto para gritar ante el Concejo de Ginebra: «¡Misericordia! ¡Misericordia!». Y sus alaridos —viene a decirnos Bainton— fueron lo suficientemente fuertes como para que las iglesias de la Reforma se plantearan el problema de la libertad religiosa.

Pero aquellos gritos no llegaron a España, por más que hubieran sido lanzados en español. Desearíamos que hoy resonaran en una nueva conciencia española, si es verdad que la hay. ■ FRANCISCO PEREZ GUTIERREZ.

Un estudio de Serrat

Vázquez Montalbán nos ofrece ahora un «Serrat», nuevo libro de la Colección Los Juglares, de Ediciones Júcar, en la que ya aparecieron Bob Dylan y Jacques Brel, y que para nosotros tiene el mérito precisamente de ser la primera colección dedicada a hacer valer como objeto digno de la mayor atención este elemento palpante de la vida cotidiana que es la canción. Siguiendo el modelo que estructura estos libros, en la primera parte, Vázquez

PASA A LA PAGINA 61